



Nazareno Fanelli, historia de sacrificios

La fábrica de Fanelli, en las afueras de La Plata, ocupa un predio de más de una manzana. El trayecto que va desde la entrada principal hasta las oficinas comerciales está pletórico de vida: verde y animales por doquier, avestruces, ovejas, llamas, pavos reales, nutrias, faisanes y todo tipo de pájaros. En una laguna de aguas cristalinas nadan peces de diferentes variedades, y patos en cantidad.

Al fondo de las oficinas, se vislumbra el incesante entrar y salir de camiones cargados de ladrillos, las montañas de tierra y las máquinas que los producen. Años de inversión de la familia Fanelli, que ha logrado posicionar a la empresa como la más grande de su tipo en Sudamérica.

Nazareno Fanelli vino desde Italia junto a su madre y sus dos hermanos, Italiano y Josefina, allá por 1949. Previamente había venido su padre, Decio, quien junto a dos paisanos de su tierra habían conformado una sociedad, comprado tres hornos de ladrillos, y directo a trabajar.

Se radicaron en Los Hornos y, cuando vino el resto de la familia Fanelli –dejando atrás su pueblito de Macerata, Gagliole-, la tristeza y soledad invadió sus corazones. Es que el desarraigo fue fuerte y, si bien habían pasado por los peores momentos durante la Segunda Guerra Mundial, se fueron a una zona despoblada, con apenas una vivienda ubicada en el centro de un campo.

Tuvieron que acostumbrarse y trabajar sin chillar. Toda la familia colaboraba en la fabricación de ladrillos. “Era un trabajo forzosamente y a la intemperie. Yo lo hacía a la par con mi padre, y no pude ir a la escuela en ese momento”, expresó Nazareno. Siete años después, la sociedad se divide, y Decio se lanza por sí solo. “Nos fue de maravillas. Ganamos más que en los años de sociedad”, continuó. Eran los primeros pasos de la fábrica, que en aquel momento se llamaba “Decio Fanelli e Hijos”.

Con el tiempo, fueron adquiriendo más hornos y también tractores. “Éramos los que más ladrillos vendíamos en la Ciudad, y puedo decir que fuimos los que revolucionamos esta industria”,

comentó Fanelli. En la década del ‘60, compraron una máquina para hacer ladrillos huecos, a la que fueron sumando la tecnología necesaria para producir en mayores cantidades. “En ese momento producíamos 80 mil ladrillos al mes, y hoy puedo decir que hacemos 800 mil por día”, agregó el empresario.

Un tiempo después, Don Decio se retira de la empresa y los hermanos de Nazareno también, por lo que queda él solo a cargo del negocio que, a partir de allí, pasó a llamarse “Cerámica Fanelli”. Algunas deudas que tenían no obstaron para que siguiera adelante. Actualmente, trabaja gran parte de la familia: hijas, yernos y esposa. Además, la firma está asociada con un grupo empresarial de Pilar.

Impresiones del miedo

Cuando Nazareno Fanelli abandonó su Italia natal, dejó atrás una infancia signada por el horror. Tenía apenas siete años cuando estalló la Segunda Guerra, y fue testigo del infierno. “Antes de hablar de la inmigración lo primero que viene a mi mente son los aviones surcando el cielo de mi pueblo y las bombas destruyéndonos”, expresó.

Cerca de su poblado había una papelería que empleaba mayormente a los lugareños; y el incipiente ferrocarril, donde su padre trabajaba. “Desde allí nos bombardeaban”, contó. Nazareno ha pasado largas noches durmiendo escondido junto a toda su familia en cuevas improvisadas en el campo. Con miedo. Y por el día, cuando regresaban al poblado, encontraban los marcos de las puertas destruidos, vidrios rotos diseminados por el suelo, los pozos de las bombas como marcas del odio. “Era un niño, y fui testigo de imágenes atroces”.

Pero entre tanto horror, Nazareno fue capaz de aprender buenos valores. “Mis ancestros lo único que me enseñaron fue a trabajar. Si bien yo quería estudiar, apenas pude terminar el sexto grado. Había que trabajar, y el horno de ladrillos conlleva un enorme sacrificio para cualquiera”, finalizó.